

# Pedro Romero Mendoza

Director de "Alcántara"

**A**LGO increíble. Pedro Romero Mendoza ha sucumbido víctima de un accidente de automóvil, como conductor del mismo, y ésto es lo sorprendente, aunque en nuestros tiempos sea una clase de muerte tan vulgar como la del cáncer o la del infarto; porque el modo de morir de mi pobre amigo, como todos los que directa o indirectamente aparecen relacionados con ese medio mecánico que ya nos asfixia y nos incomoda hasta constituir algo parecido a una plaga bíblica, amenaza terminar con algo parecido al diluvio universal, que fue también una plaga, de agua, con otra de vehículos, ya que irá irremisiblemente expandiéndose mientras su proliferación sea emparentada tan íntimamente con el nivel de vida y con el progreso de las técnicas industriales. ¿Qué ciudadano puede presumir hoy de estar asegurado contra la posibilidad de ser una presunta víctima de esos artefactos?

Desconozco las circunstancias del hecho fatal que paró en seco la vida laboriosa, metódica, de pacientes estudios y lecturas y de períodos creativos, que llevó ininterrumpidamente hasta sus 73 años desde los 15 en que empezamos a ser sus amigos los pocos que vamos quedando; y creo, conociendo a Pedro Romero después de tan larga experiencia, que esas circunstancias, sean las que sean, se acoplarán difícilmente con los motivos, tan corrientes como abundantes, que dan lugar a esas fatídicas causas generadoras de fenómenos, simples o complejos, ya psicológicos, ya físicos, que todos los días y a todas sus horas sorprendemos en cada accidente si los sometemos a un verdadero análisis, por encima o al margen de tantas realidades tópicas o rutinarias en fuerza de repetirse.

Quiero decir, aunque no acierte a expresar mi sentir, las reacciones personales o sus omisiones, las pasividades, las negligencias, las locu-

ras, todo aquello que puede inducir subrepticamente a relajamientos de nuestra mente o de la voluntad, reducen el instinto de conservación o prescinden de él hasta la verdadera inconsciencia, no deben contar en la acción u omisión que determinó el accidente; no se puede pensar en una ignorancia ni en una estupidez en un hombre de su clara inteligencia y de su proverbial discreción, acreditada durante toda su vida; es difícil creer que pudo caer en una perdonable imprudencia, que sabía que confiadamente prolongada podía llegar muy lejos. Pero ¿qué más? . . . No hay que pensar en el vértigo de la velocidad, bien por necesidad de una angustiosa prisa, bien por dejarse llevar de impulsos deportivos. Sus aficiones en este segundo aspecto no llegaban más allá del *tenis*, único deporte que practicó desde su juventud hasta sus mismos últimos años.

Me he detenido un poco dándole vueltas a los motivos que pudieron intervenir (o mejor, a los que hacen difícil su intervención) en tan inesperada tragedia, porque todavía no me he podido reponer de la sorpresa.

Sin embargo, el luctuoso suceso, por mucho que se discurra sobre él, es natural que carezca de todo valor anecdótico o histórico sobresaliente. Sólo su atribulada familia y sus doloridos amigos, somos capaces de llegar a conclusiones con bases suficientemente razonadas para llegar a interpretaciones del hecho en función de nuestro conocimiento de la víctima por encima de las apariencias.

Además, desgraciadamente, todo esto es ya agua pasada. En realidad, queda el hecho escueto, que no necesita comentarios, que, cualesquiera que sean no alivian el dolor de una familia, ni la pena de los que fuimos sus amigos, ni aminoran la importante pérdida sufrida por las letras.

Y he aquí que esta triste ocasión podría servir para valorar su obra literaria, quizá poco apreciada, por desconocida, entre nosotros sus convecinos —¡lo que pasa siempre!—. Nuestros pequeños rincones provincianos tienden a la formación de cotarros que difícilmente traspasan los ámbitos locales. Pudiera decirse que obedece a ciertas leyes que no me puedo detener a comentar, pero que dan lugar a vacíos, cuando no a repulsas, con los que con frecuencia se suelen salvar pequeños ególatras. A Romero Mendoza no le perdonaron ni su estatura física —por cierto bien respetable — ni la de su cultura y talento, que excedían bastante de la media normal, moderadamente calculada para nuestra ciudad, provincia y región. Esta oportunidad, bien desgraciada, de poder ocuparse de su labor literaria, debía de acometerla la Revista ALCÁN-

TARA y no por buscar elogios para nuestro amigo, que no quiso ni buscó jamás, sino porque la extensión y profundidad de la obra que ha dejado los merecen. Esta Revista cuenta con valiosos elementos para cumplir esta misión, y no hay que decir entre sus colaboradores (no puedo aquí dejar de citar a otro gran semidesconocido de las letras cacereñas; Emilio Martín de Cáceres, escritor enormemente dotado, pero que parece gustar más que de sus magníficos ensayos —y algunos conocen los lectores de esta Revista— de dejar el campo libre).

Pedro Romero, de la misma escuela moral, se echó encima un defecto, si por positivismo se le quiere graduar así, que ha venido a resultar fundamental para su medro y ello, que enturbió u ocultó sus valores reales a la inmensa mayoría debía ahora resaltarse estos, dentro de la pequeña minoría de nuestro corto ambiente literario, y esto, en crítica, no de intención adulatoria, sino, sencillamente, justa.

Verdaderamente se puede decir que hubo desvío de nuestra atención hacia su obra, pese a que ésta tenía ejecutorias que la actitud más ceñuda hacia ella o contra ella no podía dejar de reconocer. Ahí tenemos el Premio Nacional de la Sociedad de «Amigos de don Juan Valera»; ahí tenemos sus «Siete ensayos sobre el Romanticismo español», en dos nutridos volúmenes, Premio Cartagena de la Real Academia Española; ahí está esa sección de la Revista ALCANTARA sostenida durante tantos años «Crítica sin hiel»; trabajos, todos los citados dignos de que la R. A. Española le hubiese nombrado Correspondiente.

En éstas y en todas sus obras no le faltó a Pedro Romero la aportación de una belleza expresiva, ni aún profundidad humanística, pero hay que reconocer que no calaron por vía afectiva en sus lectores por causas imputables a su propio temperamento literario y a su sentido estético. Ello le llevó a reducir a segundo término sus valores personales y auténticos, objetivando al máximun el trasfondo de sus ideas.

Sin embargo, esto no desvalorizaba su obra, pero si la alejaba de su propio medio y la aislaba hasta términos que hemos visto. Con ello, le faltó un poco de calor humano, le faltaron contactos y poder comunicativo; y su consecuencia no podía ser otra que la incompreensión, falta de interés y ausencia de curiosidad por parte de un ambiente forzosamente poco intelectualizado. Es seguro que si hubiese dado a su literatura de creación una dirección y un sentido vernáculo habría conseguido una atención más conforme a sus méritos y excelencias.

Quizá el lector crea que exagero en muchas cosas. Yo no puedo negar que fui su amigo desde la infancia; querido y estimado, antes que

por sus dotes literarias, con ser éstas un tanto excepcionales, por aquellas otras que siempre juzgaré yo superiores a las puramente intelectuales, sin que en la valoración de sus talentos pueda influir la sincera calidad afectiva de mi amistad. Es decir, fue un amigo que no se debía de haber muerto, que hubiéramos querido conservarlo hasta marcharnos nosotros al otro mundo. Pero esto no impide que pueda proclamar sus méritos, no ya los personales, sino esos impersonales a través de una objetividad de forma y fondo que necesita, antes que un elogio o un juicio global, un detenido estudio que yo haría si me considerase capaz. Pero yo no soy crítico literario, ni sé de retóricas ni elocuciones del arte del lenguaje, ya en el sentido estilístico, ya en el artístico, ya en el filológico; y en todos ellos fue maestro nuestro pobre amigo.

A mí me gustaría seguir hablando de Pedro Romero Mendoza, pero creo más importante que alguien con preparación que yo no tengo lo enjuicie a través de sus numerosas obras, críticas, novelísticas, lingüísticas y hasta poéticas, afición esta última que compartió con su mujer doña Eladía Montesino-Espartero, ilustre dama a quien transmito mis respetos y la expresión de mi simpatía, con la seguridad de mi participación en su dolor.

A esa crítica analítica que merece y desde hace ya mucho tiempo estaba pidiendo Pedro Romero, contribuiría yo bajo otros aspectos de su persona, que aquí no me caben y que estimo de cierto interés para completar esta personalidad que hemos perdido.

J. DE H.

## DEFINICION DEL POETA

Al escritor y poeta español Eulogio Florentino Sanz (1822-1881), se le atribuye esta definición del poeta:

«Un hombre que es capaz de hacer lo que otro hombre cualquiera, y además versos.»

\*\*\*

Luis Rosales, poeta, escritor y académico de nuestros días, da esta definición:

«Poeta es una persona que no se gana la vida haciendo poesía.»



En malhadado accidente automovilístico, ha puesto fin a la vida del laureado escritor don Pedro Romero Mendoza; con su muerte las letras extremeñas han perdido un valioso puntal, difícilmente sustituible. Romero Mendoza, era un escritor de una clase que en nuestros actuales días no se prodiga. De formación autodidacta, dotado de óptimas condiciones intelectuales se propuso, y lo consiguió plenamente, un conocimiento del castellano tan completo que su prosa, es modelo de perfección idiomática, pudiendo calificarse su estilo como uno de los más clásicos de nuestros escritores actuales. Estilo conseguido a fuerza de estudios y copiosa lectura, que le dieron además una vasta y sólida cultura.

De su afición a la lectura, allá por la década de los años 40 data nuestra relación. Don Pedro, era uno de los pocos «héroes» que frecuentaba con un estoicismo digno de admiración, aquella Biblioteca pública instalada en el caserón húmedo y destartalado de la Cuesta de la Compañía. Allí creo que le ví por primera vez y me familiaricé a ver su esbelta figura, invariablemente, con su brazo doblado apriando en su mano un libro o dos, con un celo amoroso de buen bibliófilo. Nunca acerté a verle sin un libro, ni yo, ni creo que nadie le sorprendiese sin este aditamento que en él formaba parte de su esencia. También tenía noticias de su bien abastecida biblioteca, de la cual leí, sin su permiso más de una obra valiosa por su rareza o por su temática. Aclararé este pecadillo, relatando que por aquellos años yo era condiscípulo en el Colegio de San Antonio de los padres franciscanos de Cáceres, de su hijo Pedro Luis, que a hurtadillas de don Pedro, nos dejaba a un compañero llamado Antonio Segura y a mí, que éramos también lectores impenitentes, obras de su biblioteca, que nuestra juventud y curiosidad devoraban con fruición.

Excelente periodista, poeta, ensayista y profundo novelista, Romero Mendoza, destacaba en todas estas difíciles disciplinas. En esos tres largos lustros, que don Pedro dirigió ALCÁNTARA, nuestros

**ROMERO MENDOZA**  
**MAESTRO DE HABLISTA**